



Lunes 16 de febrero de 2004

Opinión - La tercera

PAKISTÁN, ESTADOS UNIDOS Y LA PROLIFERACIÓN NUCLEAR

Por DARÍO VALCÁRCEL

EL doctor Abdul Qader Khan, cabeza de la investigación nuclear paquistaní y padre de la bomba atómica islámica, ha declarado ante el jefe del Estado, general Musharraf, que él y su equipo han vendido tecnología nuclear a Corea del Norte, Libia e Irán. La primera confesión del doctor Khan tuvo lugar en Rawalpindi, a finales de diciembre. Un ingenuo o muy avisado periodista le preguntaba días después, en la televisión oficial: ¿Por qué ha vendido usted esa tecnología? «Money» fue la respuesta. El dinero es un gran aliciente. Pero el doctor Khan, hombre de gran fortuna, podría moverse no sólo por dinero. El presidente paquistaní, oficialmente proamericano, ha perdonado al doctor Khan, al que posiblemente detesta. Ha habido manifestaciones a favor del sabio paquistaní en Islamabad, Lahore, Karachi... En un país donde ni una hoja de un árbol se mueve sin permiso del ejército, esos apoyos parecen demasiado entusiastas.

El presidente Bush ha reaccionado tarde: el 11 de febrero, en una conferencia en la National Defense University, ha propuesto que toda proliferación se criminalice y se refuercen los poderes de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, AIEA, el organismo de la ONU que vigila el tráfico de tecnologías y materiales nucleares.. Mohamed AlBaradei, director de la AIEA, ha dado la voz de alarma. «Hoy sólo vemos la punta del iceberg...» Los tráficos de documentos o productos del doctor Khan circulaban al menos por cinco países intermediarios, Malaisia, Sri Lanka, Dubai... quizá también por una gran potencia, miembro permanente del Consejo de Seguridad. El doctor Khan llevaba a cabo esas operaciones clandestinas desde, al menos, 1988.

El científico paquistaní tiene gran prestigio en el mundo musulmán. El gobierno de Musharraf ponía a su disposición, año tras año, un cheque en blanco para investigar, comprar, viajar... Ahora se descubre que vendía clandestinamente los secretos nucleares del país: por dinero, de acuerdo. ¿Y nada más? Quienes le conocen aseguran que el Dr. Khan es un nacionalista de piel muy dura, dispuesto a saltar sobre los tratados. Poco amigo de Estados Unidos, el doctor se pensaría quizá que la proliferación nuclear favorecería a los musulmanes. El Tratado de No Proliferación ¿no protege a los poderosos? La inquietud de los especialistas de la AIEA no son sólo los estados sino los grupos terroristas. Se pueden comprar armas atómicas de bolsillo, de efecto apenas triple al de Hiroshima.

Bush decidió, posiblemente antes del 11 de septiembre de 2001, dar una lección a Irak (y a su propio padre). El tiro no le ha salido bien. En Irak no había, al menos desde 1995, armas de destrucción masiva ni ha existido nunca fuerza nuclear alguna. El ejército americano sigue atrapado en ese infierno que avanza hacia algo peor que la balcanización. La credibilidad de

Bush ha quedado en entredicho. Se ha desprestigiado a los servicios de inteligencia americanos, se ha metido al más poderoso ejército del mundo en una ratonera. Ahora el Presidente elogia el papel insustituible de la ONU mientras su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld acude a Múnich para pedir apoyo a los europeos. Qué giros tan bruscos, qué curioso...

Esta vez sí, estamos ante un terrible desafío: hay nueve estados nucleares hoy, pero puede haber el doble en pocos años, si no se ataja ese mercado negro. En su conferencia del 11 de febrero Bush pedía la refundación del Tratado de No Proliferación, suscrito por 187 estados, y el reforzamiento de AIEA. La Agencia vigila desde 1957 el uso dual (civil o militar) del plutonio y el uranio enriquecido. Las potencias nucleares se comprometen a facilitar combustible nuclear a los estados que lo necesitan para usos no bélicos, a condición de que la AIEA verifique su uso. Bush propone que la agencia se refuerce con un comité especial. Bush añadía: «El general Musharraf nos ha asegurado que su país no será, nunca más, fuente de proliferación». Quizá sea difícil explicar el apoyo de Washington a Pakistán, 3.100 millones de dólares anuales a fondo perdido, créditos casi ilimitados....

La torpeza de Bush al desacreditar a las Naciones Unidas se hace ahora más evidente. La AIEA es un organismo de la ONU. AlBaradei depende de Kofi Annan. Es un delicadísimo mecanismo, que costaría muchos años sustituir. Pakistán, estado nuclear no signatario del TNP, es hoy la cabeza visible del problema, pero la política internacional en el siglo XXI cambia a vertiginosa velocidad. El TNP reconoce el derecho de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad (Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Rusia, China) a poseer fuerza nuclear. Israel, India, Pakistán y Corea del Norte han declarado también que tienen armamento atómico, y se mantienen al margen del TNP. Irán y Libia han sido desactivados gracias a la acción conjunta de americanos y europeos. La colaboración entre ambos parece ser el único medio de conseguir un grado aceptable de respeto para el TNP y un camino para convencer a Rusia y China de que refuercen el Tratado y los poderes de la AIEA. Existen dudas sobre Kazajstán y Bielorrusia, y se conocen algunos proyectos de Sudán, Egipto, Argelia, Arabia Saudí, Malaisia... Japón es un problema distinto. Se podrá nuclearizar si no se llega a un acuerdo con Corea del Norte. Tokio está a mil kilómetros de Pyongyang y no quiere ser chantajeado por coreanos ni por americanos.

Primera conclusión: si Estados Unidos no recupera el respeto que, con las desviaciones que se quiera, mantuvo con FD Roosevelt y Harry Truman hasta Bush padre y Bill Clinton, la proliferación se extenderá inevitablemente. Desde 1946 hasta 1989, el enfrentamiento entre la URSS y Estados Unidos fue, como explicaba Kissinger, menos imprevisible, más controlable. Pero, escribe en *Diplomacy*, sería difícil mantener a raya a veinte países tentados por la fuerza termonuclear.

Ante la amenaza de la proliferación y la desagregación de tantos países, desde Ecuador a Kenia, desde Bolivia hasta Irak, la sola fórmula conocida es robustecer, no debilitar, la estructura de los estados, el peso y la respetabilidad de los estados. Zbigniew Brzezinski, contemporáneo de Kissinger, llega a otra conclusión: será todavía más arduo evitar el tráfico de pequeñas armas atómicas a la gran delincuencia colombiana, saudí, congoleña.... Si Estados Unidos quiere pesar globalmente ha de contar con sus ejércitos galácticos, en gran parte inútiles, de acuerdo (aunque un gran

negocio): pero ha de disponer sobre todo de una grande y renovada capacidad diplomática, independiente del Pentágono, con capacidad de explicar, negociar, persuadir y convencer. Todo esto exige una cierta reserva de autoridad moral. Estados Unidos ha de reforzar sus alianzas. Hasta aquí Brzezinski. Y añadimos nosotros, una vez más: no conviene confundir a los aliados con los criados.

Quizá John Kerry pueda restaurar el honor de América. Es un hombre de experiencia y sabría cortar ese angustioso juego del ratón y el gato que vemos cada día en Irak, mientras los enemigos más inquietantes, wahabíes de Arabia Saudí, hanafíes de Pakistán, campan por sus respetos. Las encuestas son prematuras. Pero de pronto, en este mes de febrero se ha empezado a dudar de la credibilidad de Bush. No sólo los demócratas: senadores republicanos como John McCain creen que hay demasiado simplismo protestante, demasiada hipocresía en los gestos del presidente: ese modo de rezar, o de hacer que reza, en público, forzando a sus colaboradores a inclinarse como él... Esa larga lista de falsificaciones, desde su cómodo servicio militar en años de Vietnam hasta los motivos para invadir Irak. Naturalmente, se acaba de inventar una becaria para Kerry. Pero el candidato demócrata ha reaccionado de inmediato: «Muchachos, no desvíen la atención: los problemas de América son esos tres millones de empleos perdidos, ese déficit de 480.000 millones de dólares, esa sanidad inalcanzable para decenas de millones de ciudadanos, esos millones de niños que no tienen una educación decorosa...» .